

### **El "enfant terrible" de la pequeña burguesía\***

Este último libro de Daniel Cosío Villegas ha tenido un «éxito taquillero» que ya quisiera cualquier «mafioso» con aspiraciones de literato. Los altos tirajes y el haber conseguido hasta octubre del año pasado cuatro ediciones en sólo dos meses, son la mejor prueba del interés despertado por este libro acerca de la obra de gobierno del presidente Echeverría.

En el pequeño mundo de la pequeña burguesía son constantes los comentarios elogiosos (¿Ya

leíste el último libro de Cosío Villegas? ¡Qué bárbaro! ¡Qué crítica tan tremenda a Echeverría!) Sin embargo, la lectura de este trabajo le ha dejado al culpable de esta nota la convicción de que la «tremenda crítica» sólo existe en la mente de la pequeña burguesía. La crítica fácil de Don Daniel en la mismísima persona del señor Presidente, crítica que nunca llega a los problemas de fondo del país, satisface y hasta colma la inconformidad de ese sector de la so-

---

\* Daniel Cosío Villegas. EL ESTILO PERSONAL DE GOBERNAR, 4ª ed. México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1974.

ciudad mexicana. Al mismo tiempo, la acogida calurosa de este análisis de lo anecdótico pone de relieve el bajo nivel político de un buen número de disidentes mexicanos.

Con la buena y fresca prosa que lo caracteriza, Cosío utiliza los primeros apartados para hacer un «retrato hablado» de Echeverría, para definir lo que, según él, son las «constantes psicológicas» del presidente que contrastan notablemente con los anteriores gobernantes. Como primera característica señala «la extraordinaria locuacidad», su evidente afán por aprovechar cualquier oportunidad para hablar e improvisar discursos. Por desgracia, «*la mente de Echeverría dista de ser clara y... su lenguaje le ayuda poco... tiende a expresarse en párrafos larguísimo, de quince o veinte líneas sin más respiro que un par de comas. Además están plagados de oraciones incidentales, explicativas que diluyen la fuerza que sin ellas podría tener el pensamiento principal. Por último dañan sus expresiones el frecuente uso equivocado de las preposiciones*» (p. 36).

Después de terminar su crítica... gramatical, Don Daniel pasa revista a otras «constantes psicológicas»: la prisa por hacer las cosas, los frecuentes viajes a la provincia, las jornadas de trabajo extenuantes, etcétera. En suma, se detiene buen número de páginas para decirnos lo que los Zabludovsky y los Ochoa han venido repitiendo en la televisión mexicana desde el comienzo del

sexenio. Así, el antiecheverrismo de Don Daniel (¡Oh, canija dialéctica!) se trueca en lo contrario de lo que parece: un echeverrismo menos burdo que el de un Fernando Benítez o un Carlos Fuentes, pero más efectivo.

Más adelante, el autor trata de convencernos de que el presidente Echeverría «*ha introducido cambios importantes y saludables*», y cita ejemplos tan importantes en la «transformación» del país como «*el renacimiento económico, educativo, cívico y cultural de la provincia*», la creación de la Comisión Nacional Tripartita, el regalo de más diputados de partido a los partidos de la «oposición», etcétera. Pero, sucede que, los ingratos mexicanos no quieren aceptar la existencia de cambios, además de que éstos, por desgracia, resulta que son invisibles «*porque varias de las cosas que ha intentado el presidente Echeverría se efectúan fuera de la Capital, y sobre todo porque sus resultados no serán palpables sino después de algunos años, después, a buen seguro, de que su impulsor abandone la silla*» (p. 52).

Eso en cuanto a los «cambios». ¿Y qué respecto a lo que permanece igual? ¿Qué del creciente endeudamiento del gobierno con los países imperialistas, del control también creciente de las compañías monopolistas extranjeras, de las ramas económicas más dinámicas, de la persistencia de latifundios después de 60 años de «reforma agraria ininterrumpida»? ¿Qué de la infla-

ción y del empobrecimiento constante de los grupos populares? Todos esos problemas, bien, gracias: a Don Daniel le pasaron de noche.

Dejemos de lado el capítulo *Reforma Política* en el que Cosío cae en la ociosidad de comparar si el PARM o el PPS obtuvieron en las últimas elecciones legislativas más votos en, digamos, Zacazonapan que en San Garabato, para analizar sus puntos de vista respecto a la política exterior del actual gobierno: «*de un modo seguro —dice— puede afirmarse (y demostrarse) que esa actividad carece de toda originalidad*» (p. 110). Y en este capítulo sorprende que Don Daniel, que tan entusiasmado estaba con los intrascendentes cambios señalados arriba, trate de minimizar los cambios ocurridos en el terreno internacional. Porque si bien la política exterior de este régimen ha sido contradictoria, no ha salido nunca de los marcos del «tercermundismo» —y ha respondido a la necesidad de apuntalar la política interna— nadie podría, por ejemplo, calificar como negativos la mejoría de las relaciones con Cuba o la posición asumida ante el golpe de estado en Chile o el contenido de la Carta de los Derechos y los Deberes de los Estados.

Haciendo una comparación entre Echeverría y Salvador

Allende afirma que resulta «obvio» que junto al de Chile, el presidente mexicano quedaría siempre muy a la derecha. Después de leer el *Estilo Personal de Gobernar*, uno llega a la conclusión de que en materia de política internacional, Don Daniel queda a la derecha, muy a la derecha del presidente Echeverría.

Por último, al plantearse el problema de si existe o no una auténtica política de diálogo, que él prefiera llamar «espíritu democrático», llega a la conclusión de que el avance ha sido muy limitado. En su opinión, el limitado progreso pone en evidencia que «*este problema de democratizar una sociedad es muy duro y complicado, y que su solución no puede venir de un solo hombre, así sea tan encumbrado como un Presidente de la República*» (p. 125).

¿En qué quedamos por fin, Don Daniel? En su anterior libro *El Sistema Político Mexicano* se pasó usted todo el libro diciéndonos que las perspectivas de cambio en México descansan en el presidente de la república, y ahora resulta que no se puede ¿Es ésta una contradicción en su «sistema teórico» o es un «salto mortal» de la «crítica leal» a la crítica subversiva? ARTURO GUILLÉN R.